

cielorraso

WALDO ROJAS

poemas



BIBLIOTECA NACIONAL



0320750

Waldo Rojas / CIELORRASO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
* - 1971 *

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Primera edición, 1971.

Es propiedad, derechos reservados.

Portada, diagramación y cuidado de
la edición a cargo del autor.

La fotografía que incluye la portada
es de Rebeca Yáñez.

Cielorraso

por

Waldo Rojas



Ediciones Letras
Colección del Basilisco

Santiago de Chile

1971

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Cirolarsa

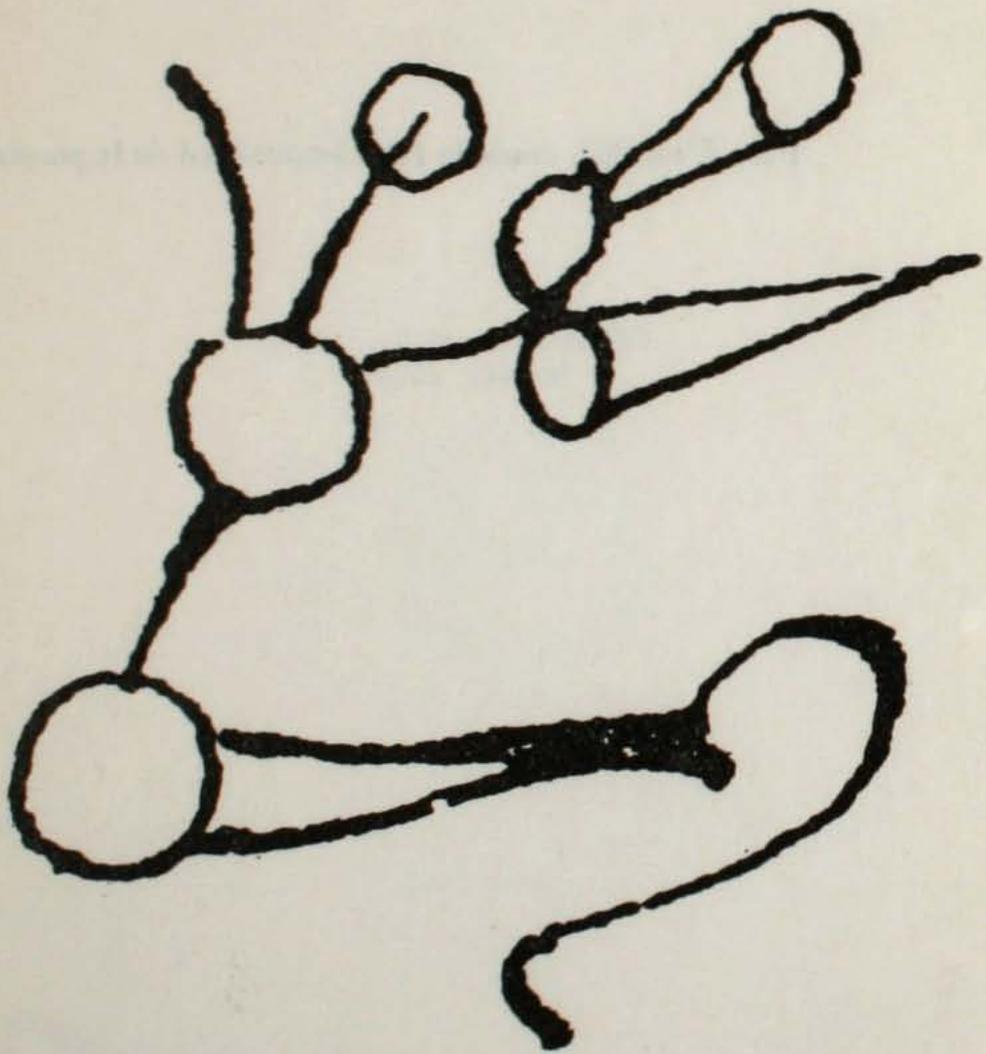
BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Central



1971

Para Elisa, Eli, desde la falsa impunidad de la poesía

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION GUILERA 12



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

A student who has completed the course in
 Quantum Mechanics and who has received a grade of
 B or better in the course is eligible to receive
 credit for the course. The student must have
 completed the course within the last five years
 of the student's enrollment at the University of Chicago.
 The student must also have completed the course
 with a grade of B or better.

The student must also have completed the course
 with a grade of B or better.

The student must also have completed the course
 with a grade of B or better.

The student must also have completed the course
 with a grade of B or better.

I

el grito

"¿Quién es el que permite que estos
viejos caballeros rondan en nuestros
sueños?"

FRANZ KAFKA

Alguien esperan las sillas de este sueño
en las gomosidades de panal de la duermevela.
Alguien tendría que ocupar su lugar en la mesa, al fondo de la sala,
aparejada como para el banquete al que el Anfitrión invita
con el mejor gesto de su cara desconocida.
Insiste el convite de la mano, impulsa más bien, empuja
hacia unos platos vacíos, las botellas transparentes,
el barniz de las paneras.

Si no para el que sueña
¿para quién el gracioso ofrecimiento de la nada
que relumbra al centro de esas viandas?

Pero la muda invitación —mueca vacía— así se vuelve acoso.
Trábase en el gesto la defensa del Dormido,
atáscase en la voz que muy lenta se reflota
y profiere en su boca un torpe agitarse de cadenas.

Estalla mudo entonces el aldabonazo de su grito,
brinca a la ventana del tul flotante a merced del oleaje de su eco.

Saltan las aldabas del salón aterrador,
astillado el mármol del tieso cortinaje, y al conjuro del hierro
craqueteado
astillase asimismo toda cosa de madera.
El hollejo del gesto invitante logra el suelo,
en tanto el polvo de los muebles y los zócalos
desciende,
como cruza la profundidad el ahogado.
Limpio el grito se abre paso
y lo están oyendo ahora el dormido y su consorte
en medio del loco agitarse de las sábanas:

¡Qué hay! ¡qué hay!



visitar a los enfermos

LA abrumadora mayoría de sus sensaciones está diciendo lo suyo. Y a su turno, lo suyo es ese cuerpo rígido como un ícono del que fluyen y confluyen, gota a gota, aire y sangre, sangre y aire.

Lo suyo es el desorden de las horas, la fecha que vivimos y no vive, tensa noche de un perro guardián.

Cerraron la casa de los naranjos y los limoneros.

Frescas musgosidades revienen los dinteles.

¿Veremos al Cuerpo erguirse entre los suyos, abominar del guiso de la noche, aterrorizar con insultos al cochero?

Las palabras que me guardo serán lo que sucede:

pregunta el pobre cuerpo en cada mueca, y a cada temblor de las frazadas aferra y suelta como un profeta el báculo tribal.

“La mano, dáme la mano...” es lo que calla y adivino, y lo que coge es el veredicto de un brazo que se niega.

Un florero abigarrado hiende el blancor reinante.

Se desentiende del ambiente un rezumarse de rosas.

Silencio, piden voces.

Nadie hable, por favor. Parece que rezara.

Y piensa el Cuerpo:

Habrá quedado sola la Casa de los Limoneros.

Ya oigo cruzir las gruesas puertas, saltar

españolitas y aldabones a la premura del hierro.

*Silenciarán al perro a golpes de cadena,
se llevarán sólo monedas en desuso,
un botín de recuerdos de familia.*

Aire enrarecido se respira a la hora en que el batir de la puerta
ha acallado los rumores.

Negro de humo y aceite mezclados a la brisa del trébol invernal.

Se hacen blandos los muros como almohadas,

y empavonado de lechosidad

se aquieta el vidrio grumoso de la puerta del cancel.

El Cuerpo es aún alguien a quien algo sucede, aunque sólo en lontananza
de sus fuerzas.

No podría negarse a los signos salvadores.

El Enfermo está abrazándose a las estatuas heladas.



una noche del príncipe

A Germán Marín.

LA fuerza del cerrojo en los entrepaños de la puerta
y el incierto ascender de madera caminada en la escalera.
De por medio, un mundo de fuerzas reversibles.
La atención del ojo bloquea la conocida oscuridad.
En un sentido aun más sinuoso,
 prolonga el oído resonante presagio.
A un momento de neutralidad de dudosa energía,
 equilibrio de fuerzas se establece en el centro.
Esto es,
 la estabilidad vacilante del poder del tiempo mantenido a raya,
 un entreaguas pulsante,
entre el dato exterior de los sentidos y su escritura
 en la tabla rasa,
y el poder de agostada fuerza con que el sueño y sus figuraciones
 defiende la diezmada fortaleza
 reducida ahora al atalaya y las almenas,
 al nerviosamente transitado patio de la cisterna,
estremecida la dotación de sus guardianes
 a cada golpe pasmoso, ritmado, relojero,
del poderosamente impulsado Ariete.



sala de espera

LO que el tiempo mide lo ignoran estas sombras.
Ojos como ventanas. Ventanas que son alegorías.
Luz o penumbras, ambas enceguecen por igual.
Y al embate de las sombras, rostros que magnifican esas sombras.
Es ahora la antesala de un mismo destino
y en un entrecruzarse de vidas que se excluyen
héllos ahí bloquearse en un silencio para el que ya no existe
recompensa sin riesgo.

Hemos tenido el recuerdo de esta escena.
Ciegos manejos de la memoria; pero llegada la hora,
a un llamado que se ignora irresistible,
su aparición en carne y huesos, violenta, como el súbito golpearse
de una verja de hierro.

Obra de oscuras complicidades, el señor de magra figura y manos rígidas
bosteza como una amenaza.

El espera.

Y en su gesto su cuerpo todo espera el desenlace
que su escorzo enmascara a nuestro apremio.

Ya nos ve como un recuerdo.

Se sabe enfermo y viejo, padre de indolente progenie.

Fantasmagorías ve en nosotros que morirán con su muerte
y goza de su triunfo.

**A esta acometida nuestra juventud fluye como fresca agua de lluvia.
Llueve afuera el agua que esperamos.
Buscan los ojos la ventana, rebuscan el trasfondo de los vidrios,
y tras ellos la realidad pesa como un bloque de algas húmedas.**



espejo de bar

A Raúl Ruiz

NI siquiera del tinte del vino,
su verdadero color es el rojo vivo que es también licor ácido o
amargo,
todo lo más lejos del dulzor del trago entre sonrientes.
Es así. Y el Embriagado lo dice.
Traza con el dedo a partir de una mancha de cerveza
la silueta de un pez en la madera.
Van a oír lo que ahora mismo estoy diciendo con mi puro gesto agrio,
los ojos que proyecta hacia el tumulto, humo y cháchara del Bar.
Beberá la boca como una venganza, ahogado el reto de un cuerpo que
blasfema
prolongándose en la mano que arruga servilletas de papel
y apura el vaso.
Cabe a la voz proferir lo que no se piensa.
Lo que está pensando son tibias palabras inertes, hato de ropajes en el
suelo
tras el cuerpo del desnudo.
Chasquidos de látigo las frases le envenenan,
brotan de su historia cortada entrecortada inverosímil mujeres hombres
cosas
rastros del imposible Enemigo en el zarzal
donde enredan los pies del personaje que a sí mismo se narra.
La voz entonces hiere, rebana una espesura de gritos que la acallan
y tras el golpe de un puño contra la vociferante boca,

rodar de dados por el suelo
y el demencial dispendio del azar que ellos no anulan.
Lo real se hace presente y asume su postura en un parto de frases

estragadas:

Contra el relumbrar filoso —viperino hallazgo del cuchillo— que desata
ahí el rojo vivo que le urgía,
es el vaivén de aquel brazo que se hunde en un cuerpo,
es el “por qué” “por qué” adelgazando aquella boca,
borboteante rojo líquido en la herida, burbujas del veneno...

Tal vez ahora, a contrafondo, una descarga de inodoro,
cualquier crujir de tablas, un tintinear de uña y vidrio.
El Pez en la Madera sobrenada el charco de la copa volcada
y se diluye en el vino.

Empuja el espantajo la puerta de batientes.

Al aire los faldones del abrigo parduzco

alza un torpe vuelo a flor de acera

hacia la calle.

Calle del encadenado urdirse del ladrido de mil perros.



ventana

LA luz que a manos llenas ha entrado en este cuarto
no podría volver sobre sus pasos
ni siquiera a una voz de mando inapelable del Sol,
el Anciano Señor de Toda Luz.
Permanecerá con nosotros largas horas, líquidamente quieta,
inamovible en el sitio de costumbre y será un mueble más
en esta pieza de Recién Desposados
donde el día transcurre a través de los vidrios que se entibian
en la medida del amanecer de cada día.
El sol sí que se pone en nuestros dominios
enmarcados por muros desiguales:
lo que hay de cierto en esta luz es ella misma.
Para mayor realidad, ahí la ventana.
Los vidrios lo presienten en la irrealidad de su contacto
mientras la luz hace visible el aire
por la contextura del polvo,
por el volumen del día que se deja llevar
lleno de ruidos
hacia el cuarto.
Hasta entonces ajeno reverso de un espejo.



SOBRE la altura de la terraza
el día se hizo inconsistente a causa del Otoño.

Se vio sin palparlas que las rojas baldosas del suelo abrigado
gradualmente perdieron la tibieza.

Ahora retiran el vino, recogen la migaja y la ceniza,
el mazo de naipes ingleses, las macetas.

Aunque en otro orden igualmente previsible
sucede que desmontan al concierto del ocaso
la Hora del Té de un Día Insubstancial.

Y mientras se establece la intemperie en el despoblado
que organizan,

serpenteante cancioncilla envuelve todo
serpenteante cancioncilla envuelve todo.

Pero no. Por cierto que no se vive de imágenes.
Aunque en la silla de playa de húmedo velamen
alguien flota, dormita
o estoy muerto, caballero en el atardecer.



mercado de carnes

MEDIODIA de un Viernes y en el Mercado de Carnes
el agua se une en las aceras a la sangre
camino de las alcantarillas.
Mezclándose con todo, por los ojos,
luminosidades que ascienden por su luz,
y asciende el eco sucio de esa agua envilecida.
El resto es permanencia y prolongación.
Toda la ciudad de apacibles cadáveres colgantes
oscila con sus oscilaciones
bajo un sol que surge nuevo de los colores que establece.
Esplendor de una mañana que hurga en los comestibles,
la carne inerte revive en la agilidad de los dedos
que la agitan
como piezas desmontadas de un puente herrumbroso.
Entonces un comercio de muecas y de voces
a golpes de compás del filo de las dagas:
en el mercado de carnes a esta hora
la luz y el fervor son el Orden Inmanente.
La muerte no se halla a ningún precio.



todo tiende a cumplir un objetivo

TODO tiende a cumplir un objetivo.
Al César lo que fuera del hombre.
Y el hombre que mirábamos correr esa mañana
debió llegar alguna vez hacia algún sitio.
Las Vespasianas del Parque
con su barroco estilo orinal
ocultan bajo tierra lo infamante:

por un lado los hombres,
las mujeres por el otro,

descensos e irrupciones a una abrumada superficie
que todo lo confunde.

El pulgar del César ya no desata lo inminente
en tanto que los Leones de Piedra Municipales
se están descascarando de indiferencia,
corazones y alfabetos.



II

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

memoria, memoria

INTELIGENCIA NACIONAL
SECCION CHILENA

"Acuérdate, pobre memoria mía, de
las dos caras de la medalla, y de su
metal único".

RENÉ DAUMAL

fuelle de los peces de metal

FUENTE de los peces de metal, seco el vertedero
y detenido en sesgo el salto de los peces,
escamados de liquen.

Nunca cundiera el agua en ella.

Ni al arribo de la nueva estación,
cuando la totalidad de nuestros olvidos,

entre ellos
el olvido de la fuente como vendida a la llovizna.

Agua fija en la memoria a un vuelco del corazón.

La una de la otra viciado recurso:

Uno es lo otro, pero a fuerza de un desdoblamiento.
Principio de la Fuente que comprueba el cotejo con su imagen,
y al cabo de la doble complicidad
preténdese intacta a cada prueba.

Esta era la fuente:

entre hervidero de renacuajos y revuelo de libélulas,
falsa fertilidad de un charco enverdecido
por latencias de nenúfares y nalcas.

La misma de esos años al centro del traspatio,
ruina cada año del Antiguo Jardín,

tiempo aquél de fuentes y de peces reales.

Fruto ciego, árbol vidente¹.

¹René Char: "Le fruit est aveugle. C'est l'arbre qui voit".



ABUELAS otoñales y las tías juveniles
en la calle que da acceso al Colegio para Niños.
Campanas invisibles de alguna catedral
les hicieron girar la cabeza
como si alguien las llamara
o descubrieran que el tañido las hiciera a la mar de la memoria
de alguien que recuerda.
Luego de la última campanada de la tarde
nos quedamos los únicos, Margarita La Rubia
y El Que Entonces Yo Era,
ambos, las manos entintadas, junto a la pileta del patio jardín.

Es el caso que detrás de aquellos muros esperamos hasta lo absurdo
el paso del Verano.
Han caído los años y su chapuceo de peces.
Seca o derruida la fuente del Cetrero,
y nosotros sin hablarnos.
Como sucede hasta este mismo día.



fotografía al magnesio

SUCESIONES que se quiebran al llamado del orden.
Fue así como se oyeron ruidos de ratas en el interior de la pared.

Después,
gotas de agua jabonosa y vehemente,
un reguero de un líquido cualquiera pero oscuro
hacia la puerta de la calle.
Infantiles depredadores de jardines se adornaban el pelo
y las orejas con enormes magnolias.
Ruidos de agua jabonosa entonces al interior de la muralla
y ese reguero de huellas de ratas
camino del magnolio del jardín.

Sin embargo, como sucede con el sol, también
al paso de un grito de pavor
se abren ventanas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



la perpetración

MAL está que te haya olvidado, Rosa Inés.
El recuerdo no redime a nadie de nada.
Los ávidos adolescentes que fuimos rondábamos tu cuarto
en el patio de las criadas.
El sexo un vértigo abismante, oscuridad de oscuridades,
una sed y un rumor sordos.
Mal está también, Rosa Inés, que después de tantos años
de ti vea pasar por obra de tu nombre
fugitivos fragmentos de un cuerpo sorprendido, miembros dislocados
por la semipenumbra
y esa fiebre que un día te acechara.
Amargura del botín de aquella noche, Rosa Inés,
tu silencio ante las Tías un aterrado cómplice.
Doble crueldad no poder rescatar tu rostro
ahora que quizá tú también lo hayas perdido en tu recuerdo
después de tanta miseria y de todos estos años.



cormoranes

LA memoria del baño en que fuéramos inmolados.
Se da la espalda al Agua y es el mar que proclama su acechanza.
Sea tal vez cosa de fortuna que ahora los médanos costeros
y la noche
remitan de una tal manera a él,
“la verdadera tierra”,
como si dos ciudades nos disputasen, y nosotros ya distintos,
feamente inermes,
árboles de estupor sobre el mismo roquerío.
Horas de este linaje nos hicieron su falta.
¿Dónde lo nuevo, dónde?
se dice la rompiente y su insistencia,
igniciones de las algas, dunas reptantes,
y ello está en el orden de las cosas.
Así se ha vuelto a ver en este sitio sin memoria
a los grandes pájaros de las fabulaciones
arrastrar como un andrajo su vuelo ultramarino.

Una mañana de nuestra adolescencia
en toda la extensión de la playa
brillaba un negro aceite de cormoranes muertos.



no hay enemigo eterno

EN las altas murallas de ladrillos
decrecen sombras y musgosidades.
Es ahora la caída de la tarde y se mudan la imagen y el sentido.
Agitados paseantes enfilan entramadas direcciones,
y en un mismo sentido es el Invierno que abandona su faena,
La tarde de por sí implanta desenlaces.
Es así: no hay enemigo eterno.
Decae el brazo del Invierno y en las antiguas mansiones
de un barrio enhollinado
está la hiedra irguiendo sordas reptaciones.
Estamos por lo que prosigue su curso al llamado general.
Anima de las estaciones, ¿quién podría hablar de traición?
Como en el Reloj de Sol, divinidad de los parques señoriales,
los días son sombras que se anudan a un vástago inmóvil.
Vuelve la Estación del Festín.
La realidad recobra su nivel constante.



parábolas del parque

I

EN las arboledas del Parque
la dirección de las miradas
entre los intersticios del ramaje.

Alguien a quien vemos nos ha visto en este trance.

Convengamos en que todo no podría parecernos
tan igual.

O estamos empeñados, sin saberlo, en una aventura insólita
o es que nos perdimos de algún camino o de alguien
ese día.



PASOS que otros pasos se encargan de olvidar
con un resonar más exacto
sobre las avenidas de este parque de tierras deshechas
por el pie y por las raíces.
se camina aquí a nombre del caminar
y todo se hace a nombre de otro nombre, en virtud de otra virtud
desconocida.
No se inquietan los árboles por ocultar el bosque que presumen.
Manifiestan ellos la desnudez del aire.
La total desnudez de la luz
en la tarde que de rostro en rostro transcurre
contra la opacidad de los rostros que la ignoran.
Incertidumbre de esos gestos a la que la certeza de los árboles
responde,
la rotundidad del sol,
esta paz que de sí misma se colma.



Y a fin de cuentas, cuando el Gorrión de las nubes se descuelga,
aunque ya mucho tiempo antes
de entre los pájaros vivientes
descolgado,
pareciera que dejara así de sostenerse el cielo,
se quebrara éste en partes diferentes
y se impregnara
de color y olores de gorrión azotado contra el suelo.



automóvil

TRAS los brillantes conos de los focos eléctricos
sigue el Automóvil por el surco que ellos trazan.
Dispensadora de realidad, aunque a destellos,
viaja entonces la Luz
a la velocidad de los hierros de la máquina,
en tanto por doquiera detrás del oblongo volumen
que a resuellos la impulsa,
Sombra y Vacío se establecen
a la velocidad de la luz
que niegan.



ALGUNA inquietante certeza modulaba esas crepitaciones. Aunque eternos por el anclaje de su raigambre, no pueden menos que gritar, desgañitados de soberbia, delatar a voces la inminente traición que algún día volverán a perpetrar contra nosotros la Tierra y el Agua.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION UNILIBRO



PECES rojos en su isla esférica,
dos veces cautivos.



vestigio

E L carmín de la cortina filigranada de oro falso
y tras ella,
Comediantes Muertos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



DESPUES de tantos años una puerta.
Abres, Baltazar, y a lo lejos una luz:
Ventanas.
¿O espejos?





BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION OFICIAL

índice

I

- 11 / el grito
- 13 / visitar a los enfermos
- 15 / una noche del príncipe
 - 16 / sala de espera
 - 18 / espejo de bar
 - 20 / ventana
 - 21 / malas artes
- 22 / orquestado angelus
- 23 / mercado de carnes
- 24 / todo tiende a cumplir un objetivo

II *memoria, memoria*

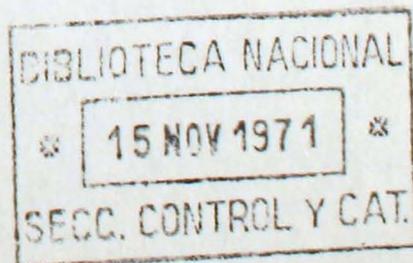
- 29 / fuente de los peces de metal
 - 30 / proustiana
- 31 / fotografía al magnesio
 - 32 / la perpetración
 - 33 / cormoranes
- 34 / no hay enemigo eterno
- 35 / parábolas del parque
 - 38 / automóvil
 - 39 / álamos
 - 40 / acuarium
 - 41 / vestigio
- 42 / cuento para insomnes

Este volumen
compuesto en tipos Bodoni cuerpos 12 y 18
se terminó de imprimir el 30 de agosto de 1971
en las prensas de la Editorial Universitaria, S. A.
de Santiago de Chile
y corresponde a la primera obra entregada por las
Ediciones Letras
en su Colección del Basilisco.

De este libro
se ha hecho una tirada de cien ejemplares
numerados del 1 al 100,
firmados por el autor
y distribuidos por suscripción,
además de un sobretiro de cincuenta ejemplares
fuera de suscripción.

Toda la edición
ha sido impresa en papel hilado especial
de 118 gramos,
y la portada en papel couché de 280 gramos

NUMERO DEL EJEMPLAR



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

